

PUNTOS DE SUSCRICION.

BARCELONA.—D. JUAN VAZQUEZ,
Rambla del Centro, núm. 31.
MADRID.—LIBRERÍA DE MOYA Y PLAZA,
Carretas, 8.
HIJOS DE PELEGRINI,
Caballero de Gracia, 8.
RESTO DE ESPAÑA.—PRINCIPALES
LIBRERÍAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid y Barcelona:

12 NÚMEROS, 12 RS.

En el resto de España:

14 REALES 12 NÚMEROS.

Ultramar, Francia é Italia:

40 REALES 24 NÚMEROS.

Números sueltos:

SEGUN LOS GUSTOS Y SEGUN LOS GASTOS.



Se publica una vez á la semana.

NÚMERO 47.

29 de Mayo de 1869.

CORRESPONDENCIA:

A D. JUAN VAZQUEZ,

Rambla del Centro, 31, Barcelona.

LA FUERZA NO HACE LA UNION.

Portugal es un reino.

Es decir, es una especie de España, mandada por una especie de Isabel de Borbon del otro sexo.

Adviértase que no conozco ni poco ni mucho á S. M. fidelísima; pero me consta que es rey.

¿He dicho algo?

El rey de Portugal tenia un ministerio responsable, por el estilo de todos los ministerios que han tenido, tienen y tendrán todos los reyes; un ministerio responsable que solo responde cuando le tocan al presupuesto.

Pero además de este ministerio, habia en Portugal un ministerio que habia sido y que tenia ganas de volver á ser.

El presidente de este ministerio pretérito era un tal Saldanha, muy conocido de un tal Olózaga, sujeto gordo que vive ordinariamente en París.

Es decir, ordinariamente... Entendámonos; hay ordinariéces y ordinariéces.

La ordinariéz de la vida de Olózaga yo la quisiera para mí.

El Sr. Saldanha es un militar anciano.

Pero los militares son siempre lo mismo hasta la muerte y el mariscal Saldanha, aunque tiene un pié en la sepultura, tiene el otro fuera y el otro continúa siendo militar hasta las uñas.

El mariscal Saldanha no podia convencerse en manera alguna, de que un hombre que ha sido ministro no quede en la imprescindible obligacion de serlo siempre.

Mucho mas cuando tiene á su disposicion un ejército bien disciplinado, y los cañones de un castillo cualquiera, por ejemplo, el de S. Jorge.

El anciano mariscal habló, pues, de esta opinion particular con el sujeto gordo que vive en París y este

sujeto se dijo para su capote: «hé aquí una coyuntura favorable para probar á los españoles, que no caen en saco roto los cien mil escudos que caen anualmente en mi bolsillo.»

Y trató de convencer al general de que se podian matar dos pájaros de un tiro.

El general, que al tratar de realizar un pensamiento, es demasiado general para descender al examen particular de si dicha realizacion conviene ó nó al país á quien sirve, aceptó el consejo del amigo y se dijo: «no es mal coronamiento de una vida simplemente lusitana la presidencia de un gabinete ibérico.»

Hecha esta diplomática reflexion, el castillo de san Jorge dejó oír veintiun cañonazos y los aldabazos de la puerta del palacio de la Ajuda se encargaron del eco.

Pocos momentos despues murmuraba Saldanha á la oreja del monarca estas misteriosas palabras, que nadie ha oido pero que yo he conseguido averiguar, gracias á mi calidad de espiritista:

—Amado principe: Portugal es muy pequeño para vuestra grandeza; imitad á vuestro suegro, energía al canto y Saldanha con todos. Prim es un chiquillo medido á hombre, que se encuentra enfangado hasta las orejas, única parte de su cuerpo que sobrenada. Dadle, principe, la mano, que él os dará en cambio una corona.

—Bello país debe ser el de España, general—dijo el monarca conmovido.

—¿Os gustaria ir allá? Preguntó Saldanha con efusion.

—¡Tendria mucho placer! replicó el monarca en la esplosion de su regnicola entusiasmo.

Y general y principe se dieron ambas manos á imitacion de las hermanas Marchisio en el duo de la Semiramis y con bélica armonía entonaron la siguiente estrofa:

«A Madrid mis valientes volemós
á salvar el honor de Juan Prim,

y á probar que no cabe imposible
que no venzan Saldanha y D. Luis.»

Pero el tenor y el barítono no contaban con la huésped.

La huésped era el bajo.

El bajo era el duque de Loulé, quien bajo la capa de ministro en activo servicio, habia hablado por lo bajo á la cámara baja, enterándola de los bajos proyectos de Saldanha.

Pero como Portugal es un país casi tan parlamentario como Francia tras la reforma ollivieresca, Saldanha contestó con una violenta carcajada, á cuya señal los leales soldados apuntaron á la susodicha cámara baja que fué bajando poco á poco la voz hasta callarse por completo.

Preciso es empero confesar, que el abajo de la cámara habia abajado notablemente el entusiasmo lírico del rey.

La regia voz del tenor se vió de pronto ofuscada por el cuerpo de coros que gritaba frenético ¡nada con España!

Este coro era el pueblo portugués.

El apuntador se salió espantado de su concha.

Era el hombre gordo de París.

Al poco rato se recibió un telégrama en Madrid que decia como sigue:

«Saldanha se ha sublevado. El rey le ha encargado la formacion del nuevo gabinete. Pero de aquello..... nada; están verdes.»

Prim y Ruiz Zorrilla chocaron entre si tan fuertemente, que del golpe resultó el descorazonamiento de ambos.

Rivero tambaleó y se quedó dormido.

Sagasta y Topete se miraron y exclamaron sonrientes: ¡oh Mon pensier!

Todavía no he podido averiguar el porqué de este francés.

Martos, Becerra, Moret y Echegaray murmuraron entre sí: *interinamente* vamos comiendo.

Madoz y Salmeron dijeron: *lo de Logroño se logra*.

No he podido averiguar lo que dijo el país, pero sospecho que sería algo gordo.

Resulta, pues, que en Lisboa ha habido un cambio de ministerio.... y nada más.

Todo ha sido cuestion de pronunciación ó de pronunciamiento. ¡Sistema Prim y Prats!

Las tropas portuguesas se han sublevado por la unión ibérica.

La unión ibérica no se ha realizado.

De aquí inferimos, que si *la unión hace la fuerza*, *la fuerza no hace la unión*.

REVISTA DE MADRID.

Sublévase D. Juan Prim,
destrón a su soberana,
nada cumple de lo dicho...
pues señor... ¡cosas de España!

Grita y protesta Ollivier,
sube á las regiones altas,
hoy ya defiende el plebiscito...
pues señor... ¡cosas de Francia!

En la oposición lord Gladstone
habla en favor de la Irlanda,
llega al poder y hace *mútis*...
¡cosas de la Gran Bretaña!

Se asocia el conde de Beust
á la gran nación austriaca,
él se sale gordo y rico...
¿y ella?... ¡cosas de Alemania!

Todos son muy liberales
los ministros que la mandan
pero Italia está que trina...
pues señor... ¡cosas de Italia!

La tropa de Portugal
acaba de alzarse en armas,
¿a qué viene este alzamiento?...
¿serán cosas de Saldanha?

Aquí está lector el *quid*,
pues quien suponga no falta
que las cosas de Lisboa
son también cosas de España.

Lo que yo puedo decirte
como verdad matemática,
querido lector, es que *en*
todas partes cuecen habas.

Y que el perol en que cuecen
son sillas hereditarias,
y que lo que cuecen es
sinónimo de *monarca*.

Hasta la misma Inglaterra
que tanto á sus reyes ama
va á entrar en el *cocimiento*,
si los síntomas no engañan.

Porque si no fuera así,
lector, ¿qué significaran
sus leyes del *habeas corpus*
ó del *cuerpo de las habas*?

Hablar del cuerpo de un grano
fuera una insigne bobada,
incomprensible en los hombres
que hicieron la Carta Magna.

Juzgan, pues, todos los sábios,
sin la menor discrepancia,
que *habeas corpus* es lo mismo
que *cuerpo de rey que rabia*.

Y el *corpus juris canónici*
de esto mismo no nos habla?
Cuerpo de cañon jurado
¿no es un *cuerpo de monarca*?

Pero haba ó cañon... observo
que mi afición entusiasta
á la ciencia filológica
de mi camino me aparta.

Saldanha se ha sublevado.

—¿Qué me importa á mí Saldanha
con sus noventa febreros
y sus dos mil asonadas?

¿Esto me dices, lector?...
¿qué te importa! ¿estás en babia?
¿Nada te importan á tí
los asuntos de tu patria?

El ministro de la guerra,
(hablo lector del de España)
cejiunto y pensativo
levantóse una mañana.

«Todos me atizan—se dijo—
todos me gritan y claman
porque *se corone* el templo
que levantamos *en agua*.

Coronarlo bien quisiera
de modo que resultara
coronado el coronante....
pero *la cosa* no cuaja.

Montpensier carga al imperio,
Espartero á mí me carga,
la federal es teoría
y lo que yo quiero es... *práctica*.

El *statu quo* es sublime,
pero las gentes *no pagan*
y á este paso Figuerola
quedará yerto en la *caja*....

¿Qué hacer pues en tal apuro?...
—¡¡¡Oh plan que á todos nos salva!!!
—dijo de pronto, en la frente
pegándose una palmada.

Y luego corre al telégrafo
y toca el hilo de Francia,
y un obeso embajador
para acá se pone en marcha.

Y llega y se sabe luego
que es amigo de Saldanha,
con el cual suele jugar
al ajedrez y á las damas,

Pero resulta también
que allá en su puesto hace falta,
porque un tal D. Voto-Sí
le invita á comer y paga.

Detenerlo era imprudencia,
pues hay *antojos* que matan
cuando el pobre *antojadizo*
lleva un *felo* en las entrañas.

Y que lo lleva, no hay duda,
nuestro embajador en Francia,
aunque mucho el parto temo
á juzgar por lo que tarda.

Largóse, pues, el patriota
de la salve y de la panza;
llegó, vió y comió y á vueltas
de una digestión pesada,

Al compinche portugués,
hombre de pelo en espalda,
puso un conciso telegrama
escrito en estas palabras:

«Duque Saldanha, Lisboa,
yo contento, cosa marcha,
soldaditos, buena suerte,
Iberia... unidad... *pitanza*.»

«¿Soldaditos?—dijo el duque—
nossa empresa e trabalhada,
como non falte ó dinheiro
os soldados nunca faltan.

Dos mil milhones de reis
eu tengo na minha caixa
é con tantos reis ben puedo
eu poner um na Espanha.»

Dijo y al frente de algunos
regimientos que... *aguardaban*,
marchó de frente al Ajuda
con intenciones *non sanctas*.

Mas como todo el que *compra*
también *vende*... *si lo pagan*,
cuatro dulces palabritas
dijo el rey al de Saldanha,

Y la Iberia y la unidad,
la ilusión y la *pitanza*....
quedaron en dos carteras
para siempre sepultadas.

Ya ves, lector, si te importan
los febreros de Saldanha;

por poquito esos febreros
te encajan aquí un monarca.

Y con él... ¡poquita cosa!
una guerra que durara
lo que durase la unión
entre Portugal y España.

En resumen: seguiremos
interinos y entre ranas:
Entusiásmate, lector,
ya ves que la cosa marcha.

CERO Y VAN TRES.

—¿Qué entiende V. por mico?

—Mico es un *mamífero* de la familia de los *cuadru-*
manos que de un tiempo á esta parte han dado los
candidatos en regalar á los rebuscadores de monarcas
y agentes de coronas.

—¿Se tiene noticia de alguno nuevo y notable?

—Si señor, el que últimamente ha ofrecido el in-
victo Espartero á D. Pascual Madoz y á la comisión
regicida ó realista (que es lo mismo) que ha ido á Lo-
groño á ofrecerle la corona de S. Fernando y de José
Botella.

—¿Qué tiene de particular este animal?

—Que es sumamente robusto á causa de su afición
decidida á los nutritivos pimientos de la Rioja.

—¿Podría V. darme una idea del mico de Logroño?

—Para proceder á la descripción del distinguido
cuadrumano que tanto honra al propietario rural que
lo ha criado, es preciso que demos una idea de don
Pascual Madoz, de la comisión esparterista y de la en-
trevista que celebraron con el ex-Regente del reino.

—¿Tanta conexión hay entre el animal y las men-
cionadas entidades?

—Tanta y tan estrecha, que sin ellas el animal no
existiría.

—¿Quien es, pues, D. Pascual Madoz?

—Es un *mamífero* de la familia de los *bimanos* que,
entre otras cosas, fué director de la Peninsular, y autor
de un Diccionario geográfico de que se *enamoraron*
tan perdidamente los ayuntamientos y dependencias
del Estado, que no se quedó *ni uno solo sin comprarlo*.

—¿Cuál ha sido su vida?

—Un tejido de sufrimientos y una cadena de sacri-
ficios por la prosperidad de Cataluña, su patria adop-
tiva, sufrimientos y sacrificios que ha llevado hasta el
poco comun extremo de sufrir con heroica paciencia el
enorme peso de una renta *poco comun*.

—¿No es un famoso proteccionista?

—¡Oh, sí señor! eso ante todo. Ha protegido todo
lo que no fuera *imponente* de la Peninsular. ¡Era
aquello tan *imponente*!

—¿Qué es la comisión esparterista de que habla-
ba Vd?

—Un compuesto de hombres honrados, que apesar
de todo son realistas, pero que se empeñan en serlo
todo lo menos posible.

—Dénos V. algún detalle sobre la entrevista de don
Pascual y D. Baldomero.

—Con mucho gusto. Despues del cambio de salu-
dos prescrito por la etiqueta, el autor del diccionario
geográfico entregó al propietario de la espada de Lu-
chana una epístola del caudillo de Mataró, concebida,
poco mas ó menos, en los siguientes términos:

«Mi querido general: sus amigos de V. me ponen
diariamente en grave compromiso, agitando á todos
vientos su simpática candidatura.

Yo que le conozco á V. á fondo y sé que es una ver-
dadera gloria nacional que está muy por encima de
esas miserias y pequeñeces mundanas, estoy desde la
gloriosa convencido, de que V. no puede aspirar á una
corona que *altos deberes de conciencia le impedirían*
aceptar y que tantos sinsabores ha de causar al tonto
que se la ciña, dejándola para los que, siendo, como
yo, mozos de rompe y rasga y de pelo en pecho, nin-
guna gloria tienen que sostener, ninguna reputación
que conservar. En este concepto, pues, me atrevo á
suplicar á V., *como mas haya lugar en derecho*, que
tenga á bien destruir con un rotundo *no* las esperan-
zas de esos ilusos que tantos sinsabores me causan,
impidiéndome que *corone á mi manera* el edificio de
que todo el mundo habla y que yo considero de mi
exclusiva propiedad. Soy de V. S. etc. etc.»

—¿Y qué contestó á esto el propietario de la es-
pada?